



CASA DE LA LITERATURA PERUANA

**Nudo *El poema es mi cuerpo*. Primer preguión.
-Guion curatorial-**

Exposición permanente
Intensidad y altura de la literatura peruana

27/01/2015

“Ser como yo nací
Ser como yo lo siento”
Martín Adán

1. Estructura

- a. Visiones de género
 - a.1. Legitimación
 - a.2. Transgresión
- b. Poéticas del cuerpo

2. Niveles de lectura

1. Relacionado directamente al contenido de la obra y el tema o nudo.
2. Relaciones contextuales (desde la perspectiva social, cultural y política).
3. Espacio donde se profundiza en conocimientos más especializados concernientes a la teoría y crítica literaria. Otros datos que derivan hacia otras disciplinas (QR).

3. Desarrollo

[texto curatorial]

Esta parte del nudo busca hacer un recorrido por textos donde la mirada respecto a las relaciones de género se entrecruza con cuestionamientos sociales, raciales y políticos. También busca exponer las distintas poéticas que hacen uso de la idea de corporalidad (cuerpo y no cuerpo, lo corporal y lo incorpóreo) como elemento constitutivo de una poética que permite articular una serie de reflexiones y temas. Es decir, la corporalidad funciona tanto como elemento propio de la construcción del poema así como eje articulador de una diversidad temática, en donde lo in-corpóreo, no solo aparece como unidad biológica sino que se percibe como una resonancia.

a. Visiones de género

[texto curatorial sub-temático]

Esta parte del nudo busca hacer un recorrido por las distintas miradas respecto a las relaciones de género. Estas relaciones se articulan a los contextos sociales, políticos y culturales en los que los textos se producen. Para los siglos XIX y XX aún tiene fuerza la

valoración de la mujer desde los atributos de belleza, docilidad y capacidad reproductiva. El discurso religioso, desde la Colonia, ha dado sustento a esta manera de concebir el papel de la mujer en la sociedad. Como contraparte, el hombre se ubica en una posición superior al de esta.

... las mujeres eran moral y mentalmente inferiores a los hombres (...) eran particularmente proclives al mal y débiles frente a las tentaciones, lo que las hacía fáciles vehículos de las obras del demonio. Estas características las ubicaban necesariamente bajo la tutela masculina –padre, esposo o sacerdote– adscribiéndoles así a un rango de menores (María Emma Mannarelli. *Pecados Públicos*. Lima: ed. Flora Tristán, 1993, p. 34).

Con esto, aparte de establecer una serie de requisitos para definir a las mujeres, también se diseña un paradigma que busca modelar la masculinidad: lo que debe ser un hombre. Entre los aspectos que destacan tenemos los atributos físicos (virilidad explícita), económicos e intelectuales. Vistas así las cosas, a la mujer le corresponde como ámbito natural el espacio privado, el hogar, y al hombre le corresponde el espacio público.

Si bien la producción literaria producido por varones es mayoritaria, también es cierto que en los siglos XVII y XVIII es posible encontrar escritoras femeninas, quienes tuvieron la posibilidad de escribir bajo ciertas condiciones, como el anonimato, ya que no era bien visto que una mujer participe en un espacio público dominado por los hombres.

En el presente corpus textual encontraremos distintas miradas y perspectivas respecto a las relaciones de género. Por un lado, podemos apreciar que los autores construyen una imagen de la mujer ambivalente, puesto frente a la idealización de la mujer, a partir de su belleza física y moral también se manifiesta su demonización, enfatizando el vicio moral, que vehiculiza una sanción social. Así oscilaremos entre una imagen de la mujer que va de musa a demonio.

En el siglo XIX un grupo de mujeres de las élites deciden abandonar los espacios íntimos para bregar por su derecho a expresarse en el ágora pública. De esta manera, su papel de intelectuales y animadoras culturales se configura como un claro gesto político.

En el siglo XX la presencia de las mujeres en el campo de la política es patente. Escritoras como Dora Mayer, María Jesús Alvarado, Magda Portal manifestarán, a través de su actividad literaria y cultural, su necesidad de participar en la vida política del país.

Por su parte, la lucha de las poetisas de fines de siglo XX se iniciará desde su propio cuerpo. Dichas autoras buscarán recobrar su cuerpo como el espacio del deseo y el erotismo.

Este recorrido histórico se puede organizar en base a dos constantes que permitirán el diálogo entre textos y autores sin asumir un orden cronológico rígido. Estas son: legitimación y transgresión.

Por legitimación entendemos el afán de establecer y mantener un orden dado que, para nuestro caso, es el orden patriarcal. Entendemos por orden patriarcal el universo donde se otorga primacía al sujeto masculino y se subordina o invisibiliza a sujetos de otro género, raza o condición social. Esta mirada legitimadora funciona a la par con la acción subalternizadora y puede provenir tanto de un escritor, hombre o mujer.

Con transgresión entendemos las posturas que permiten el cuestionamiento del orden patriarcal, llegando a posiciones que incluso niegan y buscan establecer un nuevo orden de relacionamiento social. Gonzales Prada incide de manera corrosiva en el imaginario patriarcal. A partir de su anticlericalismo, se incluye en su lucha cuestionar el espacio privado donde los “liberales” subordinan y avasallan a sus esposas e hijas.

[epígrafe 1] Manuel Gonzales Prada. “Las esclavas de la Iglesia”. En *Páginas libres*. Biblioteca Ayacucho.

El menosprecio a la mujer y la creencia en la superioridad del hombre, han echado tantas raíces en el ánimo de las gentes amamantadas por la Iglesia que muchos católicos miran en su esposa, no un igual sino la primera en la servidumbre, a no ser una máquina de placeres, un utensilio doméstico. Semejante creencia en la misión social de un sexo denuncia el envilecimiento del otro. **La elevación moral de un hombre se mide por el concepto que se forma de la mujer: para el ignorante y brutal no pasa de ser una hembra, para el culto y pensador es un cerebro y un corazón** (p. 239).

a.1. Legitimación

[texto curatorial sub-temático]

Legitimar es justificar o reforzar el orden patriarcal de la sociedad peruana. Esto es asumir que el relacionamiento social está influido por condiciones de género, raza y clase. En los textos seleccionados nos interesa enfatizar que las relaciones de género se articulan a las económicas, raciales y culturales. Teniendo en cuenta este entrecruzamiento, es posible mostrar los procedimientos y/o estrategias que construyen y justifican las distintas versiones de una sociedad patriarcal. Estas versiones responderán a una mirada, por ejemplo la de la clase media limeña que plasman los escritores de la narrativa urbana.

Se manifiesta en la relación entre los distintos géneros en medio de contextos llenos de tensiones sociales, políticas y culturales. (Relación compleja entre individuos desde la perspectiva del género).

Hay un orden establecido que determina las distintas posiciones en la pirámide social. Las características del cuerpo cumplen un papel en la asignación de ciertos roles. Estas características también pueden ser sociales, raciales (fisonómicas) y de género y funcionarán como marcas identitarias. A partir de ellas se asignarán determinados roles en la sociedad.

Por ejemplo, en el siglo XIX el ideal de belleza femenino se resume en aspectos físicos y morales, como la glorificación de la castidad y por otro lado, tenemos la imagen de la madre, como pilar del sentido de familia, y por ende de la nación.

[texto] Clemente Palma. *Los ojos de Lina*.

Empezaré por decirles que Lina tenía los ojos más extrañamente endiablados del mundo. Ella tenía diez y seis años y yo estaba loco de amor por ella, pero profesaba a sus ojos el odio más rabioso que pueda haber en corazón de hombre. Cuando Lina fijaba sus ojos en los míos me desesperaba, me sentía inquieto y con los nervios crispados; me parecía que alguien me vaciaba una caja de alfileres en el cerebro y que se esparcían a lo largo de mi espina dorsal; un frío doloroso galopaba por mis arterias, y la epidermis se me erizaba, como sucede a la generalidad de las personas al salir de un baño helado, y a muchas al tocar una fruta peluda, o al ver el filo de una navaja, o al rozar con las uñas el terciopelo, o al tocar el frufú de la seda o al mirar una gran profundidad. Esa misma sensación experimentaba al mirar los ojos de Lina. (...) Los ojos de Lina eran de un corte perfecto, rasgados y grandes; debajo de ellos una línea azulada formaba la ojera y parecía como la tenue sombra de sus largas pestañas. Hasta aquí, como veis, nada hay de raro; éstos eran los ojos de Lina cerrados o entornados; pero una vez abiertos y lucientes las pupilas, allí de mis angustias. Nadie me quitará de la cabeza que Mefistófeles tenía su gabinete de trabajo detrás de esas pupilas. Eran ellas de un color que fluctuaba entre todos los de la gama, y sus más complicadas combinaciones. A veces me parecían dos grandes esmeraldas, alumbradas por detrás por luminosos carbunclos. Las fulguraciones verdosas y rojizas que despedían se erizaban poco a poco y pasaban por mil cambiantes, como las burbujas de jabón, luego venía un color indefinible, pero uniforme, a cubrirlos todos, y en medio palpitaba un puntito de luz, de los más mortificante por los tonos felinos y diabólicos que tomaba. Los hervores de la sangre de Lina, sus tensiones nerviosas, sus irritaciones, sus placeres, los alambicamientos y juegos de su espíritu, se denunciaban por el color que adquiría ese punto de luz misteriosa. (...) **El efecto de estos ojos en mí era desastroso. Tenían sobre mí un imperio horrible, y en verdad sentía mi dignidad de varón humillada, con esa especie de esclavitud misteriosa, ejercida sobre mi alma por esos ojos que odiaba como a personas. En vano era que tratara de resistir; los ojos de Lina me subyugaban el alma para triturarla y carbonizarla entre dos chispazos de esas miradas de Luzbel.** Por

último, con el alma ardiendo de amor y de ira, tenía yo que bajar la mirada, porque sentía que mi mecanismo nervioso llegaba a torsiones desgarradoras, y que mi cerebro saltaba dentro de mi cabeza, como un abejorro encerrado dentro de un horno. Lina no se daba cuenta del efecto desastroso que me hacían sus ojos.

[texto] Ventura García Calderón. "El alfiler". *Peligro de muerte*, 1926. En *Narrativa completa* /. Lima: PUCP, 2011, pp. 611-612.

Entonces, siempre silencioso, cogió un alfiler de oro. Era uno de esos *topos* que cierran el manto de las indias y terminan en hoja de coca, pero más largo, agudísimo y manchado de sangre negra.

Al verlo, Conrado cayó de rodillas, gimoteando como reo confeso:

- ¡Grimanesa, mi pobre Grimanesa!

Mas el viejo advirtió, con un violento ademán, que no era el momento de llorar. Disimulando con un esfuerzo sobrehumano su turbación, murmuró en voz tan sorda que se le comprendía apenas:

- Sí, se lo saqué yo del pecho cuando estaba muerta... Tú le habías clavado este alfiler en el corazón... ¿No es cierto? Ella te faltó quizá...

- Sí, mi padre.

- ¿Se arrepintió al morir?

- Sí, mi padre.

- ¿Nadie lo sabe?

- No, mi padre.

- ¿Fue con el administrador?

- Sí, mi padre.

- ¿Por qué no lo mataste también?

- ¡Huyó como un cobarde!

- ¿Juras matarlo si regresa?

- ¡Sí, mi padre!

El viejo carraspeó sonoramente, estrujó la mano de Conrado y dijo, ya sin aliento:

¡Si esta también te engaña, haz lo mismo!... ¡toma! Entregó el alfiler de oro solemnemente, como otorgaban los abuelos la espada al nuevo caballero y con brutal repulsa, apretándose el corazón desfalleciente, indicó al yerno que se marchara en seguida, porque no era bueno que alguien viera sollozar al tremendo y justiciero don Timoteo Mondaraz.

Agregar citas de autoras del siglo XIX: papel de intelectuales y animadoras culturales.

[texto complementario tercer nivel] Idealización, objeto de belleza, corporización (flama amoris). El texto de Higa es tributario de la narración vargasllosiana, en especial, el uso del discurso indirecto libre. Universos de adolescentes mirafloresinos, en caso de Vargas Llosa.

[texto] Augusto Higa Oshiro. "Que te coma el tigre". En *Todos los cuentos*. Lima: Campo Letrado, 2014, pp. 103, 104 y 114.

Eh, Chunchu, despierta, le decíamos. Y el muchacho ni nos miraba, extraviados los ojos, la cabeza caída por los suelos: dibujaba corazones flechados en las paredes, en las puertas y en los postes. Agüita de colonia. Roberto, levanta la cabeza, mira bien que te puede aplastar el camión, le gritábamos al Bobby, el que vivía por Tayacaja y Monserrate; y el tipo, con la sonrisa perdida, veía mariposas, pajaritos y árboles en todas las esquinas. Ay, Dios. Después le mordió la enfermedad a Vitelio, y el alma se le encogió de tanto llanto y tanto suspiro. **Así estábamos los muchachos, embelesados, sufriendo hasta por los huesos, rebosando de amor. Las calles nos parecían manzanas; las casas, palomas y una cosa calentita salía del corazón: una pelusa primero; burbujas y flores después. Esa mujer se nos había metido en la sangre. Si hasta íbamos a esperarla todos los días, a las seis de la tarde, en la esquina de la farmacia San Martín. Ay, cuando aparecía por Huancavelica. Dios mío. Tenía un par de piernas que era un cariño de fiesta. Qué tibieza de muslos. Qué amorosa la caminata, como si le estuvieran cantando se-va-el-caimán se-va-el-caimán...** Ay, pucha. Se diría el perfume del cuerpo, o la bajada de pechos que te hacía cuando cruzaba la calle. Cómo no recordar esa caída de pelo y los ojos medio dormidos y arrastrados.

(...)

Tócame los ojos, muchacho, decíamos. Agárrame las pupilas, compadre, y méteme el dedo porque no lo siento, primo, no lo siento. Esa flaquita es puro sueño, toro mata. Franco, franco, que es un cuento, toro mata. No es posible que esa mujer exista, toro mata. ¿Quién me dice que vive? ¿Quién la vio? Tú, Perico. ¿Acaso Manolo?, toro mata. Dime, ¿qué es esto, Vitelio?, porque no lo comprendo. Esa mujer es demasiado monstruo para vivir aquí, toro mata.

(...)

Después fuimos a conversarle a la pituquita y se le insinuó, y ella muy ella, riéndose con la boca más suelta, nos dijo que el amor no era pajaritos en la cabeza y que le gustaban los hombres con pelo en pecho y si tienen plata, mejor, agregaba mordiendo los labios, mientras nosotros la mirábamos con ganas y los nervios en punta. Desde ese día empezamos a enviarle regalos: primero un frasco de perfume. Después una caja de chocolates con cinta de colores, luego un par de zapatos. Ellas nos miraba asombrada cuando

la encontrábamos ¿quién es el guapo que me envía tantas cosas? Me gusta ese estilo, decía con una sonrisa pícaro.

[texto de tercer nivel] Libro abierto con cita marcada.

[texto] Mario Vargas Llosa. *Los cachorros*. Madrid: Cátedra, 1998, pp. 88-90.

(...) En serio, decía Pusy, todos tenían enamorada y él no, ¿no te cansas de tocar violín? Que le cayera a la flaca Gamio, se muere por ti, se los había confesado el otro día, donde la china, jugando a la berlina, ¿no te gusta? Cáele, le haríamos corralito, lo aceptaría, decídetelo. Pero él no quería tener enamorada y ponía cara de forajido, prefiero mi libertad, y conquistador, solterito se estaba mejor. Tu libertad para qué, decía la china, ¿para ser barbaridades?, y Chabuca ¿para irse de plancito?, y Pusy, ¿con huachafitas?, y él cara de misterioso, a lo mejor, de cachiche, a lo mejor y de vicioso: podía ser. ¿Por qué ya nunca vienes a nuestras fiestas?, decía Fina, antes venías a todas y eras tan alegre y bailabas tan bien, ¿qué te pasó, Cuéllar? Y Chabuca que fuera aguado, ven y así un día encontrarás una chica que te guste y le caerás. Pero él ni de a vainas, de perdido, nuestras fiestas lo aburrían, de sobrado avejentado, no iba porque tenía otras mejores donde me divierto más. Lo que pasa es que no te gustan las chicas decentes, decían ellas, y él como amigas claro que sí, y ellas sólo las cholos, las medio pelo, las bandidas y de pronto, Pichulita, sssí, le ggggggustabbbban, comenzaba, las cchicas decenttttes, a tartamudear, sssolo qqqque la flacca Gamio nno, ella ya te muñequaste y él adddemás no habbbía tiempo por los exámmenes y ellos déjenlo en paz, salíamos en su defensa, no lo van a convencer, él tenía sus plancitos, sus secretitos, apúrate hermano, mira que sol “la herradura” debe estar que arde, hunde la pata, hazlo volar al poderoso al Ford.

[texto] Mario Vargas Llosa. *La ciudad y los perros*. Madrid: Real Academia Española. Asociación de Academias de la lengua española, 2012, pp. 25-27.

(...)

- ¿Por qué eres tan rosquete? –dice Alberto.

- ¿No te da vergüenza hacerle su turno al Jaguar?

- Yo hago lo que quiero –responde el Esclavo–. ¿A ti te importa?

- Te trata como a un esclavo – dice Alberto–. Todos te tratan como a un esclavo, que caray. ¿Por qué tienes tanto miedo?

- A ti no te tengo miedo.

Alberto ríe. Su risa se corta bruscamente.

- Es verdad –dice–. Me estoy riendo como el Jaguar.

- ¿Por qué lo imitan todos?

- Yo no lo imito –dice el Esclavo.

- Tú eres como su perro –dice Alberto–. A ti te ha fregado.

Alberto arroja la colilla. La brasa agoniza unos instantes entre sus pies,

sobre la hierba. Luego desaparece. El patio de quinto sigue desierto.

- Sí –dice Alberto–. Te ha fregado, abre la boca, la cierra. Se lleva una mano a la punta de la lengua, coge con dos dedos una hebra de tabaco, la parte con las uñas, se pone en los labios los dos cuerpos minúsculos y escupe. –

.¿Tú no has peleado nunca, no?

- Solo una vez –dice el Esclavo.

- ¿Aquí?

- No. Antes.

- Es por eso que estás fregado –dice Alberto–. Todo el mundo sabe que tienes miedo. Hay que trompearse de vez en cuando para hacerse respetar. Si no estarás reventado en la vida.

- Yo no voy a ser militar.

- Yo tampoco. Pero aquí eres militar aunque no quieras. Y lo que importa en el ejército es ser bien macho, tener unos huevos de acero, ¿comprendes? O comes o te comen, no hay más remedio. A mí no me gustan que me coman.

- No me gusta pelear –dice el Esclavo–. Mejor dicho, no sé.

- Eso no se aprende –dice Alberto–. Es una cuestión de estómago.

- El teniente Gamboa dijo eso alguna vez.

- Es la pura verdad, ¿no? Yo no quiero ser militar pero aquí uno se hace más hombre. Aprende a defenderse y a conocer la vida.

- Pero tú no pelear mucho –dice el Esclavo–. Y, sin embargo, no te friegan.

- Yo me hago el loco, quiero decir el pendejo. Eso también sirve, para que no te dominen si no te defiendes con uñas y dientes, ahí mismo se te montan encima.

[texto] Oswaldo Reynoso. *En octubre no hay milagros*.

Elegir cita.

[objeto curatorial complementario] Se alude un tratamiento, desde el humor y lo popular, a la fijación por lo fálico. Exaltación del deseo sexual masculino: historias de zoofilia y de metamorfosis como sanción social, animalización

[texto] Gregorio Martínez. “Un piurano en Paris”. En *La gloria del Piturrín y otros hechizos de amor*, pp. 49-50.

(...)

Hasta entonces nunca había podido encontrar la horma de su zapato en el terreno de la carne. Los pocos desahogos que tuvo desde que se le despertó el león de la concupiscencia fueron solo unos artificios de sus manos y de la imaginación, pues ni siquiera la sarracena, la puta más descomunal que pasó alguna vez por Piura, quiso sopesarle el tarugo.

-No es trompita de elefante –le dijo meciendo la mole de sus senos–. Mejor ándate a los potreros pero también ten cuidado.

(...)

Ahí fue que conoció a la “manfrebita”. Sucedió como un relámpago. El salía de su casa y vio en carne viva una palpación excitante. La “manfrebita” acababa de hacer la pila y para escurrir las últimas gotas hacía florecer su cucarda como saben hacerlo las de su estirpe. En ese mismo instante nació la pasión. Jacinto Tezón no sabía aún que la “manfrebita” adolecía de una virtud celestial, razón por la cual era, precisamente, una manfrebita.

Recién cuando la quiso hacer suya y habló con Pancho Zapata, éste le dijo:

-Con el mayor gusto, pero le advierto que es manfrebita.

Jacinto Tezón no sabía de qué se trataba, pero urgido de la necesidad y ya con el ardor que se le salía por los ojos le contestó:

-No importa.

Pancho Zapata se encogió de hombros.

-Por mí, llévesela ahora. Sólo que como soy honrau le advierto que no puede tener descendencia. No es asunto de la matriz sino de la virginidad rebelde que tienen las manfrebitas y que por eso ni el hechor más alunau puede hacerles nada, salvo cosquillas por fuerita.

Jacinto Tezón no vaciló.

-Me la llevo –dijo.

Y así fue que empezó a vivir con la burra, y su mundo seco y desconsolado se convirtió de la noche a la mañana en una pasión.

[texto] Cronwell Jara Jimenez. “La luna y el arco iris”. En *Hueso duro y otros cuentos*. Lima: Ed. San Marcos, 2006, pp. 28 y 30.

Después tuve que hacerle el amor a la yegua Paloma; tenía potrillos. Paloma, yegua del Zenón Rojas el hermano de Artidoro. Tibio vientre de bestia, dulcísima imagen de Adela desde el día en que ella empezó a ser arañada y mordida bajo él. Cuando fue que las cerdas no me contentaron. Flora tenía cochinitos y había quienes reían de mí: “¡Se te parece a ti, Melanio! ¡Mira cómo se te parecen!” Pero por despecho Adela con el Zenón lo hacía llorando. Lloraba con sus ojos azules aunque esto al Zenón no le importaba. Lloraba Adela y yo en los abismos lloraba: “¡cómo no soy el Artidoro! ¡Cómo no soy!” Hasta que alforja de maíz al hombro, él se iba, era casado. Y yo todo candelas por dentro me la quedaba mirando, cómo me gustaba: cómo me desesperaba. Hago el amor con la yegua Paloma porque me gusta como una borrachera la Adela.

(...)

Decían los hombres que Adela tenía esa miel de inocencia de los ángeles,

pero también las crueldades del demonio. ¡Eso veían en los brillos de sus ojos! Y aunque amándola, la temían; yo no.

- El fantasmantino (averiguar Manchay puytu). Un resumen de la historia [imagen] Gráfico del cuento Mula Warmi de la luna llena.
- Buscar relato oral del Archivo Arguedas.

[objeto curatorial complementario] Mención a las películas *Jarjacha* y *Pishtaco* (¿por la animalización de los personajes?).

[texto curatorial sub-sub-temático]

Completar.

[texto] Amarilis. *Epístola a Belardo*, pp. 178-182. Idealización del varón letrado.

Al fin éste, donde el Sur me esconde,
oí, Belardo, tus conceptos bellos,
tu dulzura y estilo milagrosos.
Vi con cuánto favor te corresponde
el que vio de su Dafne los cabellos
trocados, en su daño, en aluro umbroso,
y, admirando tu ingenio portentoso,
no pude reportarme
de descubrirme a ti, y a mi dañarme.
Mas ¿ qué daño podrá hacerme
Que tu valor no pueda defenderme?
Y tendré gran disculpa
si el amarte sin verte fuere culpa,
que el mismo que lo hace
probó primero el lazo en que me enlace,
durando para siempre las memorias
de los sucesos tristes
que en su vergüenza cuentan las historias.
Oí tu voz, Belardo. Mas ¿qué digo?
No Belardo, milagro han de llamarte;
Este es tu nombre, milagro han de llamarte;
Éste es tu nombre el cielo te le ha dado,
Y Amor, que nunca tuvo paz conmigo,
Te me representó parte por parte.
En ti, más que en sus fuerzas confiado,
Mostróse en esta empresa más osado,
por ser el artificio

peregrino en la traza y el oficio; otras puertas del alma quebrantando,
no por los ojos míos que velando
están en gran pureza,
mas por oídos, cuya firmeza
ha sido y es tan fuerte
que por ellos no entró sombra de muerte;
que tales son palabras desmandadas,
si vírgenes las oyen,
que a Dios han sido y son sacrificadas.

Con gran razón a tu valor inmenso
Consagran mil deidades sus labores
Cuando manijan perlas en sus faldas.
Todo este mundo allá te paga censo,
Y esté de acá, mediante tus favores,
Crece en riqueza de oro y esmeraldas.
Potosí, que sustenta en sus espaldas
entre el invierno crudo,
aquel peso que Atlante ya no pudo,
confiesa que su fama de la debe;
y quien del claro Lima el agua bebe,
sus primicias te ofrece
después que con tus dones se engrandece,
acrecentado ofrendas
a tus excelsas y admirables prendas.
Yo, que a estas grandezas voy mirando, y entretenida en ellas,
Las voy en mis entrañas celebrando.

En tu patria, Belardo, mas no es tuya,
No sientas mucho verte peregrino;
Plegue a Dios no se enoje Manzanares,
Por más que haga de tu fama suya,
Que otro origen tuviste más divino,
Y otra gloria mayor si la buscases.
¡Oh, cuánto acertarás si imaginares
Que es patria tuya el cielo
Y que eres peregrino acá en el suelo!
Porque no hallo en él quien igualarte
Pueda, no sólo en todo, mas ni en parte,
Que eres único y solo
En cuanto miran uno y otro polo.
Pues, peregrino mío,
Vuelve a tu natural, póngante brío
No las murallas que ha hecho tu canto
En Tebas engañosas,
Mas las eternas, que te importan tanto.

Allá deseo en santo amor gozarte,
pues acá es imposible poder verte
y temos tus peligros y mis faltas.
Tabla tiene el naufragio, y escaparte
Puedes en ella de la eterna muerte
Si del bien frágil al divino saltas.
Las singulares gracias con que esmaltas
tus soberanas obras,
con que fama inmortal contino cobras,
empléalas de hoy más con versos lindos
en soberanos y divinos pindos.
Tus divinos concetos
Allí serán más dulces y perfectos,
que el mundo , a quien le sigue,
en vez de premio, al bienhechor persigue,
y contrala virtud apresta arco
con ponzoñosas flechas de la maligna aljaba de Aristarco.

[texto] Mercedes Cabello de Carbonera. *Blanca Sol*. Madrid: Ed. Iberoamericana, 2004, p. 39. Novela social.

No obstante ser esa mujer educada más para la sociedad que para sí misma no por eso dejó de sentir las atracciones de la naturaleza. La edad, el instinto y tal vez otras causas desconocidas, fueron levantando lentamente la temperatura ordinaria de su sangre y las ansiedades de su corazón, y al fin tuvo su preferido y su novio. Fue este un gallardo joven que brillaba en los salones por su clara inteligencia y su expansivo carácter, por la esbeltez de su cuerpo y la belleza de su fisonomía, por la delicadeza de sus maneras y la elegancia de sus trajes. En su trato con la joven mostrábale profundo cariño y extremada delicadeza. Como se decía que prosperaba extraordinariamente en sus negocios, Blanca juzgó que era el hombre predestinado para procurarle cuanto ambicionaba y le amó con la decisión y la vehemencia propias de su carácter.

[texto] Flora Tristán. *Peregrinaciones de una paria*. Arequipa: Biblioteca juvenil Arequipa, 2010, p. 348. La mirada extranjera.

No hay ningún lugar sobre la tierra donde las mujeres sean más libres y ejerzan mayor imperio que en Lima. Reinan allí exclusivamente. Es de ellas de quien procede cualquier impulso. Parece que las limeñas absorben, ellas solas, la débil porción de energía que esta temperatura cálida y embriagadora deja a los felices habitantes. En Lima las mujeres son, por lo general, más altas y de constitución más vigorosa que los hombres. A los once o doce años están ya completamente formadas. Casi todas se casan a esa

edad y son muy fecundas: a menudo tienen seis o siete hijos. Tienen embarazos felices, dan a luz con facilidad y se restablecen pronto. Casi todas amamantan a sus hijos, pero siempre con ayuda de una nodriza, quien sule a la madre y alimenta también al niño. Ésta es una costumbre proveniente de España, donde las familias acomodadas tienen para sus hijos dos nodrizas. Las limeñas no son hermosas por lo regular, pero su graciosa fisonomía tiene un ascendiente irresistible. No hay hombre a quien la vista de una limeña no haga latir el corazón de placer. No tienen la piel curtida como se cree en Europa. La mayoría son, al contrario, muy blancas. La otras, según su diverso origen, son trigueñas pero de una piel lisa y aterciopelada y de una tez cálida y llena de vida. Las limeñas tienen todas buen color, los labios de un rojo vivo, hermosos cabellos ondulados naturalmente, ojos negros de forma admirable, con un brillo y una expresión indefinible de espíritu, de orgullo y languidez. Es en esta expresión donde reside todo el encanto de su persona. Hablan con mucha facilidad y sus gestos no son menos expresivos que las palabras con que los acompañan.
(...)

Las señoras de Lima se ocupan de su casa. Pero como son muy activas, el poco tiempo que les consagran basta para tener todo en orden. Tienen una inclinación decidida por la política y la intriga. Son ellas quienes se ocupan de colocar a sus maridos, a sus hijos y a los hombres que les interesan. Para obtener un propósito, no hay obstáculos o disgustos que no sepan dominar. Los hombres no se mezclan en esta clase de asuntos y hacen bien. No se desenredarían con la misma habilidad. Les gusta mucho el placer, las fiestas, buscan las reuniones sociales, juegan mucho, fuman cigarrillos y montan a caballo, no a la inglesa, sino con un pantalón largo como los hombres. Tienen gran pasión por los baños de mar y nadan muy bien. En materia de talentos de adorno, tocan la guitarra, cantan muy mal (hay algunas, sin embargo, que son buenas músicas) y bailan con un encanto indescriptible los bailes del país.

[texto] Clarinda. *Discurso en loor de la poesía*, p. 420.

(...)
Más será bien, pues soy mujer, que de ellas
diga mi Musa, si el benigno cielo,
quiso con tanto bien engrandecellas.

Soy parte, y como parte me recelo
No me ciegue afición; más diré solo
Que a muchas dio su nombre el dios de Delo,

léase Policiano, que de Apolo
fue un vivo rayo, el cual de muchas canta

divulgando su honor de Polo a Polo;

entre muchas, oh Safo, te levanta
al cielo por tu metro y por tu lira,
y también de Damófila discanta;

y de ti Pola con razón se admira
pues limaste a Lucano aquella historia,
que a ser eterna por tu causa aspira.

Dejemos las antiguas. ¿Con qué gloria
de una Proba Valeria, que es romana,
hará mi lengua rústica memoria?

Aquesta de la *Eneida* mantüana,
Trastocando los versos, hizo un verso
de Cristo, vida y muerte soberana;

De las Sibilas sabe el universo
Las muchas profecias que escribieron
En metro numeroso, grave y terso,

éstas del celestial consejo fueron
partícipes, y en sacro y dulce canto
las febadas oráculos dijeron;

sus vaticinios la Tiresias Manto,
de divino furor arrebatada,
en versos los cantó poniendo espanto.

Pues qué diré de Italia que adornada
hoy día se nos muestra com matronas
que esto exceden a la edad pasada;

tú, oh Fama, em muchos libros las pregonas,
sus rimas cantas, su esplendor demuestras,
y así de lauro eterno las coronas;

tambien Apolo se infundió en las nuestras,
y aun yo conozco en el Pirú tres damas,
que han dado em la Poesía heroicas muestras,

las cuales, mas callemos, que sus famas

no las fundan em verso; a tus varones,
o España, vuelvo, pues allá me llamas

[tercer nivel de lectura – texto curatorial]

Diego Mexía de Fernangil publica en Sevilla en 1608 un libro titulado *El Parnaso Antártico*, una traducción algo modificada de las *Heroidas* de Ovidio. Abre dicho texto a manera de prologo *El Discurso en Loor de la Poesía*, “dirigido al autor, i compuesto por una senora principal de este reino, mui versada en la lengua toscana, i portuguesa por cuyo mandamiento, i por justos respetos, no se escribe su nombre...”¹. Antes de Cornejo Polar la crítica se centró principalmente en la instancia productora del texto. Se desarrollaron así una serie de polémicas que buscaban con meras hipótesis establecer algunos datos biográficos, especialmente lo concerniente al sexo de la autora. Sería Menéndez y Pelayo quien bautizaría a la anónima con Clarinda. Luego Palma tomaría dicho nombre tras el cual, según él, se escondería el propio Mexía Fernangil. Y así se daba inicio a la polémica sobre el sexo de la anónima. Riva Agüero y Luis Alberto Sánchez sumarían conjeturas a dicha polémica; el último de ellos, luego de desechar la presunta superchería proclamada por Palma, se inclinaría por la otra posibilidad : “... de no ser Mexía el que escribió el “Discurso” su autora no pudo ser limeña; pero si una dama española, educada en la península, entrada ya en años, concedora de nuestras letras...”

[texto] Magda Portal. *La Trampa*. Lima: Ediciones Raíz, 1957, p. 107.

María de la Luz está rodeada de un grupo de mujeres. Oye sus opiniones y mueve la cabeza. Algunas aprovechan para contarle sus problemas familiares. El marido borracho, la golpea cuando regresa del partido... Los hijos insolentes, no la respetan... Cómo resolver esto, compañerita...?

- Pero su marido es unionista caramada...?
- Sí, dice la mujer, es secretario de disciplina del comité. Pero para él es igual... el partido es una cosa y la casa otra... Usted cree que esto cambiará ahora, Marilú?

Marilú siente que tiene que mentir: Sí, cambiará. Es la situación en que se vive la que hace que la gente sea como es todavía. La miseria hace a la mayoría intolerantes, brutales... Pero ahora que todo va a cambiar, también las costumbres cambiarán.

[texto] Gregorio Condori Mamani. Asunta Quispe Huamán. *Autobiografía*. Cusco: Ceques, 2014, p. 114. El fragmento corresponde al episodio en que Asunta abandona a su primer marido, Eusebio, debido a los distintos maltratos que la hace padecer.

¹ Utilizo para esta y las siguientes citas el *Discurso en loor de la poesía*, “estudio y edición de Antonio Cornejo Polar”. Lima: Latinoamericana editores (CELACP), 2000, p.130.

(...)

Desde el día que me junté a este hombre para mí todo era llorar y sufrir, como si hubiera sido una hija natural negada, vivía con mi cruz que era mi propio marido. Si no me celaba, me maltrataba peor que a su enemiga a muerte. Además, nunca me hacía conocer lo que ganaba, se olvidaba totalmente de mi barriga, y para qué hablar ya de mi ropa. Nuestra hija Martinacha también ya estaba grandecita, y no se acordaba tampoco de ella, que siempre estaba sin ropa, toda harapienta, como chiquita sin padre y sin bautismo. Así era él como un fantasma para mí y para mis hijos. Si él me hubiera cuidado cada vez que estaba embarazada, mis hijos no hubieran muerto como han muerto, en mala forma. Hubieran estado ya jóvenes, seguro trabajando y viéndonos. Como vivir a su lado era bien feo, y era mi marido sólo para celarme y maltratar mi cuerpo, pedí protección a las almas benditas de mi padre y de mi hermano, para separarme de este mal cristiano Y dije:

-¿Cómo puede ser la vida para no separarme del lado de un hombre, si tengo manos, pies, boca para hablar y ojos que me miran? ¿Acaso soy una inválida? ¡Si estas manos hacen la cocina!

Pensando así, me vine de su lado abandonando la mina y a mi marido.

a.2. Transgresiones

[texto] Carmen Ollé. *Noches de adrenalina*. Lima: Flora Tristán/Lluvia editores, 2005, pp. 23-24.

Bataille me gusta. Es alguien que uno puede leer.
La sensualidad en ese rostro que impresiona por parecer
de un sátiro con ojos purificados
nos sacude sin tumbarnos
Nos habla como un hombre que sufre con la carne chamuscada
por el deseo que es ilimitado
su risa su *obscena* se parecen al temblor de las mujeres
en el desgarrón
en él la religiosa arde la virgen se desviste
como una puta
en algunas sociedades viriles todo se confabula
para que otros hablen de nuestro deseo lo designen
se retuerzan sobre ese "valor-objeto"
y nos definan para siempre inválidas.
¿somos o no esas presas fáciles o encantadoras hadas?
el miedo se mezcla a la cópula como un regocijo

opresión + engaño = alienación
opresión + conocimiento = cólera

C. Steiner

Se crece entre cólera.

La cólera radical medita en el silencio de la alcoba

Ante la impostura de una lección de piano

O un paraíso de estética decimonónica

Hay para esto masturbaciones secretas que son éxodos

Solitarias defenestraciones a la luz de lámpara.

Lo que brota de natural de un cuerpo aplastado

No se resume en fáciles categorías como divino o decadente

Todo WC es un jardín oculto

oler a orín reconforta

el cristianismo lleva hoy el peso de estos olores

y muchos gramos de bicarbonato para las náuseas

A los 15 años se está de pie ante una cruz un arquetipo
del dolor

me arrodillo beso la punta de esos pies sangrantes

Y deposito mi moneda en la alcancía

En esta mística de relatar cosas sucias estoy sola

Y afiebrada.

[texto] Julia Ferrer. *Imágenes por que sí.*

hay un color en el cual no puedes detenerte

cómo se llamará dios

debe tener el pelo crespo

debe parecerse a

ti

nunca firmará una carta

quiere permanecer en el incógnito más perfecto

tal vez usará lentes oscuros

o sea

mi dentista o la propia caries

por qué esa manía de hacerse el raro

de actuar por medio de terceros

en el más riguroso incógnito
burla a sus acreedores
él
que no perdona una deuda
todo esto lo divierte
(algunas veces lo hará bostezar)
se limpiará las uñas
disimulará un eructo
dejará plantada a la novia
perderá en el cachito
o trampeará si lo dejan
llegará justo a la hora del almuerzo
tomará sus vitaminas
dirá
por qué he nacido
cómo sería mi madre
tengo ganas de llorar
nunca me casaré
soy un sentimental
tal vez algún día me suicide
(se enternecerá de nuevo ante la idea)

cómo se llamará dios
cuál de mis amantes habrá sido

[texto] Rocío Silva Santisteban. *Mariposa negra*.

Hardcore

Para ti, loco

Desde aquí puedo decir:
estoy lamiendo tus nalgas con desenfreno
Y las tías, puaj, y las muchachas, puaj,
Y nadie sabe qué sentir
Entonces te volteo
Y continúo
Lamiendo
Con desenfreno.

[texto] María Emilia Cornejo. *A mitad del camino recorrido*.

Soy la muchacha mala de la Historia

Soy
la muchacha mala de la historia
la que fornicó con tres hombres
y le sacó cuernos a su marido.

soy la mujer
que lo engañó cotidianamente
por un miserable plato de lentejas,
la que le quitó lentamente su ropaje de bondad
hasta convertirlo en una piedra
negra y estéril,
soy la mujer que lo castró
con infinitos gestos de ternura
y gemidos falsos en la cama.

soy
la muchacha mala de la historia.

[texto] Patricia Alba. *O un cuchillo esperándome*, p. 51.

LAS MEJORES AL VERLO CAMINAR COMENTAN SU QUIETUD
Sueñan con lo imposible en las noches más densas, y usted
Aparece llenando las imágenes, los olores.
Comentan cosas graciosas sobre usted por aquí, y el iniciarlo
Inquieta a las muchachas que sostienen cuerpos
Que parecen estallar.
De un tiempo a esta parte todas nos preparamos para usted.
Si sólo me dejara guiarlo.
La entrada es húmeda y oscura
Y usted pensará que el mundo se acaba ahí.
Luego, ya nada lo hará retroceder
Ni su rara agitación, ni el miedo que se va mezclando
A esa chispa que le recorre el cuerpo
Y estalla en medio de los dos.

[texto] Enrique Verástegui. *Monte de Goce*. Lima: Jaime Campodónico Editor, 1991.

1.4. & nadie jamás fue acariciado como yo soy
acariciado ahora entre el ojo del olmo
& y el lecho de Nannerl

Canciones del alma en la íntima comunicación de amor con Dios

Opus III (LLAMA DE AMOR VIVA, 1): el venerable
saboreó su paisaje predilecto del paraíso y dijo
“¡Oh llama de amor viva **¡Oh Nannerl de ojos fresca**
que tiernamente hieres **& dulcemente inquieta**
de mi alma en el más profundo centro! **de tu lecho**
en el más rico espasmo!

Pues ya no eres esquiva, **por eso te me quedas,**
acaba ya si quieres, **has algo ya siquiera,**
rompe la tela deste dulce encuentro.” **Toca el**
laúd por este duro cuerpo.

“¡Oh mano blanda! ¡Oh toque delicado,
que a vida eterna sabe!” & a candor tan delicado
te asemejas
como toque fresco de tus labios sobre la flor de mi p.
encarnada y dura. ¡Oh dulce Nannerl de pechos
acariciados como luna o noche o brasas!

& dulce Nannerl giró sus ojos
una vez más
giró sus muslos & esa leve espalda suave como
almendro en flor:
dulce pradera donde pastan león & buey: el
estado de excepción.
mi caricia quedó estampada en mármol
rosa/una historia
sobre la historia de su cutis: out-history
dijimos no
& giró lentamente hacia la presencia de serpiente
inoperante palabra detenida sobre la palabra de
la noche
Orfeo ha de dormir como se duerme
mi gran lanza roca & granito en Himeneo
o en meneo de los muslos entre los muslos
fluorescentes:
aquesta Nannerl
& su caricia que no nombran
las Estadísticas del año

[texto] César Moro. “Cartas a Antonio”. En *Prestigio del amor*. Lima: PUCP, 2002.

Te quiero con tu gran crueldad, porque apareces en medio de mi sueño y me levantas y como un dios, como un auténtico dios, como el único y verdadero, con la injusticia de los dioses, todo negro dios nocturno, todo de obsidiana con tu cabeza de diamante, como un potro salvaje, con tus manos salvajes y tus pies de oro que sostienen tu cuerpo negro, me arrastras y me arrojas al mar de las torturas y de las suposiciones.

Nada existe fuera de ti, sólo el silencio y el espacio. Pero tú eres el espacio y la noche, el aire y el agua que bebo, el silencioso veneno y el volcán en cuyo abismo caí hace tiempo, hace siglos, desde antes de nacer, para que de los cabellos me arrastres a mi muerte. Inútilmente me debato, inútilmente pregunto. Los dioses son mudos, como un muro que se aleja, así respondes a mis preguntas, a la sed quemante de mi vida.

“¿Para qué resistir tu poder? Para qué luchar con tu fuerza de rayo, contra tus brazos de torrente; si así ha de ser, si eres el punto, el polo que imanta mi vida.

Tu historia es la historia del hombre. El gran drama en que mi existencia es el zarzal ardiendo, el objeto de tu venganza cósmica, de tu rencor de acero. Todo sexo y todo fuego, así eres. Todo hielo y toda sombra, así eres. Hermoso demonio de la noche, tigre implacable de testículos de estrella, gran tigre negro de semen inagotable de nubes inundando el mundo”.

[texto] José Carlos Yrigoyen. “El Libro de las señales”. En *Los días y las noches*. Lima: Álbum del universo bakterial, 2005, p. 13.

Tu mismo recuerdas cuando vagabas por las grandes capitales esas ganas de venderte a cualquier precio antes de que el dueño de tu cuarto te tumbara la puerta entre gritos y amenazas –“los europeos son muy fríos” me decías. Y sin embargo recuerdas el ardor de tu cara cuando entraste a ese albergue de Amsterdam donde dormían chicos muy blancos hundidos en el fondo de sus literas

y esa noche te volviste voraz
como el ángel que sale a pasear por la ciudad
y se olvida de atender a sus enfermos.

[texto] Oswaldo Reynoso. *Los Kantutos*. Publicado en *Imagen de la Literatura peruana actual 1968. Selección y prólogo de Julio Ortega*. Lima: Ed. Universitaria, 1971, p. 38.

(Y eso que era uno de esos frejolados que se conocen con el pícaro nombre de gallo-gallina. No tienen la cresta insolente, ni las alas agresivas, peleadoras, ni las patas duras de gladiador, ni el parar agónico y rufianesco de los gallos de pura sangre. No. Estos son de cresta roma, de alas tímidas y recortadas, de corta alzada y de monjiles movimientos. Cuando están en el

ruedo frente a su rival, le enseñan la cola tierna y redonda, se encogen niñas y pican el suelo sin dejar de mirar, disimulados, a su adversario que matón exhibe en color, alas y pico su intención asesina. El enemigo al verlo tan pequeño, tan blando lo confunde con gallina y al instante se le menguan sus ganas pendencieras y, cobra, le aparecen otras ganas y se le acerca en amorosa ronda de macho con ala caída en celo para cubrirlo. Es entonces, que el gallo-gallina voltea, salta y con certero golpe de espolón encuchillado degüella a su atolondrado contendor. El civilismo era pues un gallo-gallina y en su corta vida de luchador había mandado a la olla a los gallos más renombrados y aguerridos de los galpones de Huamanga y alrededores.)

[imagen y texto] Catalina Recavarren. *Vórtice vértice*, pp. 7-8.



La Mujer de todos

Vértigo... Vértigo... Vértigo
 El amor o la parodia: igual será.
 La Mujer de todos y de nadie
 sólo debe reír y besar.
 Máscara... Máscara... Máscara!
 El Amor... ó la Mentira; igual será
 una vez que entregó el alma la escupieron.
 Hoy da el cuerpo y le pagan algo ya.
 Ah, vosotras, las Bienaventuradas
 que tenéis un Hijo y un Hogar:
 no comprendéis *la virtud* de la que ignora
 en qué lecho se acostará.
 Puertos... Puertos... Siempre puertos.
 Puertos huraños, sin muelle en qué atracar,
 y la barca del Ensueño perdido

en cualquier poste cercano amarrar...
A veces: los brazos fuertes del Hombre
que pudo ser bendito Amor.
Otras veces: los balbuceos del Viejo
que se atora con migajas de Pasion.
Ah, vosotras, las Bienaventuradas
que tenéis un Hijo y un Hogar:
Irogad á vuestro Dios por la, un día,
se podrirá en una cama de hospital..!

[texto] *Salón de belleza*. Mario Bellatin. Lima: Peisa, 2001, p. 9.

Quando me aficioné a las Carpas Doradas, a parte del sosiego que me causaba su contemplación, siempre buscaba algo dorado para salir vestido de mujer en las noches. Ya fuera una vincha, los guantes o las mallas que me ponía en esas oportunidades. Pensaba que llevar puesto algo de ese color podía traerme suerte. Tal vez salvarme de un encuentro con la Banda de los Matabros, que rondaba por las zonas centrales de la ciudad. Muchos terminaban muertos después de los ataques de esos malhechores, pero creo que si después de un enfrentamiento uno salía con vida era peor. En los hospitales donde los internaban, siempre los trataban con desprecio y muchas veces no querían recibirlos por temor a que estuviesen infectados. Desde entonces y por las tristes historias que me contaban, me nació la compasión de recoger a alguno que otro compañero herido que no tenía a quién recurrir. Tal vez de esta manera se fue formando este triste Moridero que tengo la desgracia de regentar.

Buscar citas de:

- Morella Petrozzi. *56 días en la vida de un frik*.
- Jaime Bayly. *No se lo digas a nadie*.

[texto] Mario Vargas Llosa. *La Chunga*. Madrid: Alfaguara, 2005, pp. 49-50 y 99.

(...)
MECHE
¿No te importa que hablen mal de ti?

LA CHUNGA
Lo único que me importa es que no haya peleas y que me paguen lo que consumen. Mientras se estén tranquilos y no hagan perro muerto, que hablen lo que les dé la gana.

MECHE
¿Ni siquiera te importa que digan que eres... eso?

LA CHUNGA

¿Marimacho? *(Coge a Meche del brazo.)* ¿Y si lo fuera? ¿Te doy miedo?

MECHE

(Con una risita nerviosa, entre fingiendo y sintiendo lo que dice.) No sé. Nunca he conocido a ningún marimacho de verdad. A pesar que dicen que hay tantas, nunca he visto ninguna. *(Examina a la Chunga)* Siempre me las imaginé hombrunas, feas. Tú no eres nada de eso.

LA CHUNGA

¿Cómo soy?

MECHE

Un poco dura, tal vez. Me imagino que tienes que serlo, para administrar un sitio así, con toda clase de tipos y borrachos. Pero no eres fea. Si te arreglaras un poco, se te vería atractiva, guapa. Les gustaría a los hombres

LA CHUNGA

(Con una risita seca) No me interesa gustarle a los hombres. *(Acercando a Meche la cara)* En cambio a ti sí, ¿no es cierto? Es lo único que te importa en la vida, ¿no? Arreglarte, pintarte, ponerte bonita. Marearlos, excitarlos. ¿No?

MECHE

¿Acaso no es eso ser una mujer?

LA CHUNGA

No. Eso es ser una idiota.

MECHE

Entonces, todas las mujeres del mundo seríamos idiotas.

LA CHUNGA

La mayoría lo son. Por eso les va como les va. Se dejan maltratar, se vuelven esclavas de sus hombres. ¿Para qué? Para que, cuando se cansen de ellas, las tiren a la basura como trapos sucios. *(Pausa. Le acaricia otra vez la cara)* Me da pena imaginar tu vida, cuando Josefino se canse de ti.

MECHE

Él no se va a cansar nunca de mí. Yo sabré tenerlo siempre contento.

LA CHUNGA

Ya he visto cómo: dejando que te maneje con el dedo meñique. ¿No te da vergüenza que te mandonee así?

MECHE

Me da gusto hacer todo lo que me pide. Eso es para mí el amor.

LA CHUNGA

¿O sea que harías por ese pobre diablo cualquier cosa que te pidiera?

MECHE

Mientras lo quiera, sí. Cualquier cosa.

(...)

LA CHUNGA

Algunos lo disimulan mejor que otros. Pero, apenas rascas un poquito y cae la costra, aparece la bestia.

MECHE

¿Crees que todos los hombres son así, Chunga? ¿Todos llevan escondido algo sucio?

LA CHUNGA

Todos los que conozco, sí.

MECHE

¿Las mujeres somos mejor?

LA CHUNGA

Por lo menos, lo que tenemos entre las piernas no nos vuelve, como a los hombres, unos demonios inmundos.

b. Poéticas del Cuerpo

b.1. Casa biológica

[texto] José Watánabe. "Mi casa". En *Cosas del Cuerpo*. Lima: El caballo rojo, 1999.

Mi casa

Mi vecino
estira su casa como un tejido que le ajusta.

No debería burlarme,
si yo mismo vivo inmensamente pegado a mi casa, tanto
que a veces las paredes tienen manchas
de mi sangre o de mi grasa.

Sí, mi casa es biológica. En el aire
hay un latido suave, un pulso que con los años se ha concertado
con el mío.

Mi casa es membranosa y viva, pero no es asunto
uterino. Estoy hablando del lugar de mi cuerpo
que he construido, como el pájaro aquel,
con baba
y donde espacio y función intercambian
carne.

Afuera soy, como todos, del trabajo y la economía, aquí
de mi cuerpo desnudo
y, a veces, de una mujer
que se aviene a ser, como yo, otro órgano dentro de este
pulposo
tercer
piso.

[texto] Carlos Germán Belli. "Expansión Sonora biliar". *De dentro & fuera*, 1960. En *Letra a letra. Antología poética*. Arequipa: Cascahuesos, 2011.

Expansión Sonora biliar

Bilas vaselagá corire
biloaga bilé bleg bleg
blag blag blagamarillus

Higadoleruc leruc
fegatum fegatem
eruc eruc
fegaté gloc gloc
le lech la lach
higadurillus
vaselinaaá

Hegasigatus glu glu
igadiel olió
glisetón
hieeel
glisetón
gliseteruc
hieeel
gliseterac
hieeeeeel

[texto curatorial complementario]: Victoria Guerrero. *Ya nadie incendia el mundo.*

[texto] César Vallejo. *Trilce*. Madrid: Ed. Castalia, 1991.

I

Quién hace tanta bulla y ni deja
testar las islas que van quedando.

Un poco más de consideración
en cuanto será tarde, temprano,
y se aquilatará mejor
el guano, la simple calabrina tesórea
que brinda sin querer,
en el insular corazón,
salobre alcatraz, a cada hialóidea
grupada.

Un poco más de consideración,
y el mantillo líquido, seis de la tarde
DE LOS MÁS SOBERBIOS BEMOLES.

Y la península párase
por la espalda, abozaleada, impertérrita
en la línea mortal del equilibrio.

[texto] Giovanna Pollarolo. *La Ceremonia del Adiós*. Lima: Peisa, 1997.

EL PRINCIPIO

Esa navidad le regalé una almohada.
Una almohada no es más que eso: un regalo.

Pudo haber sido un libro
una corbata, un perfume, un reloj. Pero le regalé una almohada.
Esa navidad él me contó
que yo ya no estaba en sus sueños:
había visto muchas puertas y oscuros callejones.
También me advirtió de la inmensa pena
que le daba tener que decirme
sus infinitos deseos
de acariciar otro cuerpo
mirar otros ojos
la ilusión de esperar a alguien
y la ansiedad de no saber
las ganas
de besar, abrazar, tocar, cantar, lamer, sonreír, reír, silbar, bailar.
Y yo le regalé una almohada.

[texto] Xavier Echarri. *Las quebradas experiencias y otros poemas*. Lima: Caracol, 1993.

Apartamento

El cajón del velador es un osario de ángeles,
Del parquet brota pasto,
Del caño salen lágrimas,
La ducha sabe.

La claraboya nos sostiene del cielo, y el cielo, raso, se
comba.

(Por ahí podría entrar un venado si es que
simplificara su cabeza).

El cuadro es un vacío sin marco,
La televisión un médium de masa.

La cortina revienta contra las rocas.

Los muebles se sacuden el polvo y hacen turno ante la
cola del baño.

Las sillas, en cuclillas, meditan.

La refrigeradora interrumpe su ronquido, y la nevera se
calienta.

Los parlantes tienen la lengua afuera.

El tocadiscos se inyecta, el disco pide a gritos
una camisa de fuerza.

El teléfono entra al baño.

El despertador siente que se le viene.

El foco es

pera triste:
Di.

b.2. Sensaciones: “comprensión a partir del (in)corporalidad” (la resonancia del cuerpo

“Las sensaciones que nos genera la lectura implican un traslado desde la experiencia ajena a la propia” ... “es el cuerpo el que define el poema, el que escucha y siente lo que la voz otra quiere comunicar en el yo lector”. Característica de la poesía moderna es que está hecha de desplazamientos. Con cada verso, los poemas seleccionados van tejiendo una red de desplazamientos. Uno de estos configura la idea de corporalidad, más que un cuerpo en sí como punto ciego lo que aparece y desaparece a lo largo de los poemas son retazos, fragmentos, restos diluidos, difuminados u opacados a veces, amplificadas en otras, de lo que sería un cuerpo. Es importante anotar que esta corporalidad se manifiesta con su reverso, lo incorpóreo, estableciendo así un pleno juego de intensidades y sensaciones. Más que un cuerpo en fragmentos los que hay en los poemas seleccionados es la resonancia de lo (in)corpóreo.

[texto] Jorge Eduardo Eielson. *Noche oscura del cuerpo*. Jaime Campodónico editor: Lima, 1996.

Cuerpo multiplicado

No tengo límites
Mi piel es una puerta abierta
Y mi cerebro una casa vacía
La punta de mis dedos toca fácilmente
El firmamento y el piso de madera
No tengo pies ni cabeza
Mis brazos y mis piernas
Son los brazos y las piernas
De un animal que estornuda
Y que no tiene límites
Si gozo somos todos que gozamos
Aunque no todos gocen
Si lloro somos todo que lloramos
Aunque no todos lloren
Si me siento en una silla
Son millares que se sientan
En su silla
Y si fumo un cigarrillo
El humo llega a las estrellas

La misma película en colores
En la misma sala oscura
Me reúne y me separa de todos
Soy uno solo como todos y como todos
Soy uno sólo

Cuerpo transparente

Completamente azul y despeinado
El corazón y la cabeza entre las nubes
Heme sin mejilla y sin mirada
Con un rayo de luna en el bolsillo
Para vivir
Uso una máscara de carne y hueso
Un cigarrillo y luego una sonrisa
O primero una sonrisa y luego un cigarrillo
Posiblemente encendido
Visto saco y pantalón planchado
Frecuento hoteles amarillos
Nadie me espera ni me conoce ni me mira
Mi cuerpo es humo materia indiferente
Que brilla brilla brilla
Y nunca es nada

Revisar: El cuerpo de Giulia-no y Primera muerte de María.

[texto] Blanca Varela. *Ejercicios materiales*. En *Como Dios en la nada*. Madrid: Visor, 2005.

Tenera acosada por tábanos

podría describirla
¿tenía nariz ojos boca oídos?
¿tenía pies cabeza?
¿tenía extremidades?

sólo recuerdo al animal más tierno
llevando a cuestas
como otra piel
aquel halo de sucia luz

voraces aladas
sedientas bestezuelas
infamantes ángeles zumbadores

la perseguían

era la tierra ajena y la carne de nadie

tras la legaña
me deslumbró el milagro mortecino
la víspera el instinto la mirada
el sol nonato

¿era una niña un animal una idea?

ah señor
qué horrible dolor en los ojos
qué agua amarga en la boca

de aquel intolerable mediodía
en que más rápida más lenta
más antigua y oscura que la muerte
a mi lado
coronada de moscas
pasó la vida

[texto] Blanca Varela. *El falso teclado*, 2000.

Strip tease

quítate el vestido
si lo tienes
quítate el pelo
que te abandona
quítate la piel
las tripas los ojos
y ponte un alma
si la encuentras

[texto] César Vallejo. *Trilce*. Madrid: Ed. Castalia, 1991.

LXXI

Serpea el sol en tu mano fresca,
Y se derrama cauteloso en tu curiosidad.

Cállate. Nadie sabe que estás en mí,
toda entera. Cállate. No respire. Nadie

sabe mi merienda succulenta de unidad:
legión de oscuridades, amazonas de lloro.

Vanse los carros flajelados por la tarde,
y entre ellos los míos, cara atrás, a las riendas
fatales de tus dedos.

Tus manos y mis manos recíprocas se tienden
polos en guardia, practicando depresiones,
y sienes y costados.

Calla también, crepúsculo futuro,
y recójete a reír en lo íntimo, de este celo
de gallos ajisecos soberbiamente,
soberbiamente ennavajados
de cúpulas, de viudas mitades cerúleas.
Regocíjate, huérfano; bebe tu copa de agua
desde la pulpería de una esquina cualquiera.

[texto] César Vallejo. *Poemas humanos*. En *Poemas humanos y España, aparte de mí este cáliz*. Madrid: Castalia, 1988.

Los desgraciados

Ya va a venir el día; da
cuerda a tu brazo, búscate debajo
del colchón, vuelve a pararte
en tu cabeza, para andar derecho.
Ya va a venir el día, ponte el saco.

Ya va a venir el día; ten
fuerte en la mano a tu intestino grande, reflexiona,
antes de meditar, pues es horrible
cuando le cae a uno la desgracia
y se le cae a uno a fondo el diente.

Necesitas comer, pero, me digo,
no tengas pena, que no es de pobres
la pena, el sollozar junto a su tumba;
remiéndale, recuerda,
confía en tu hilo blanco, fuma, pasa lista
a tu cadena y guárdala detrás de tu retrato.
Ya va a venir el día, ponte el alma.
Ya va a venir el día; pasan,
han abierto en el hotel un ojo,
azotándolo, dándole con un espejo tuyo...

¿Tiemblas? Es el estado remoto de la frente
y la nación reciente del estómago.
Roncan aún... ¡Qué universo se lleva este ronquido!
¡Cómo quedan tus poros, enjuiciándolo!
¡Con cuántos doses ¡ay! estás tan solo!
Ya va a venir el día, ponte el sueño.

Ya va a venir el día, repito
por el órgano oral de tu silencio
y urge tomar la izquierda con el hambre
y tomar la derecha con la sed; de todos modos,
abstente de ser pobre con los ricos,
atiza
tu frío, porque en él se integra mi calor, amada víctima.
Ya va a venir el día, ponte el cuerpo.

Ya va a venir el día;
la mañana, la mar, el meteoro, van
en pos de tu cansancio, con banderas,
y, por tu orgullo clásico, las hienas
cuentan sus pasos al compás del asno,
la panadera piensa en ti,
el carnicero piensa en ti, palpando
el hacha en que están presos
el acero y el hierro y el metal; jamás olvides
que durante la misa no hay amigos.
Ya va a venir el día, ponte el sol.

Ya viene el día; dobla
el aliento, triplica
tu bondad rencorosa
y da codos al miedo, nexo y énfasis,
pues tú, como se observa en tu entropierna y siendo
el malo ¡ay! inmortal,
has soñado esta noche que vivías
de nada y morías de todo...

Para ser usado con audio.

[objeto] Primeras ediciones.

[texto] César Vallejo.

EL ALMA QUE SUFRIO DE SER SU CUERPO

Tú sufres de una glándula endocrínica, se ve,
o, quizá,
sufres de mí, de mi sagacidad escueta, tácita.
Tú padeces del diáfano antropeide, allá, cerca,
donde está la tiniebla tenebrosa.
Tú das vuelta al sol, agarrándote el alma,
extendiendo tus juanes corporales
y ajustándote el cuello; eso se ve.
Tú sabes lo que te duele,
lo que te salta al anca,
lo que baja por ti con sogas al suelo.
Tú, pobre hombre, vives; no lo niegues,
si mueres; no lo niegues,
si mueres de tu edad ¡ay! y de tu época.
Y, aunque llores, bebes,
y, aunque sangres, alimentas a tu híbrido colmillo,
a tu vela tristonera y a tus partes.
Tú sufres, tú padeces y tú vuelves a sufrir horriblemente,
desgraciado mono,
jovencito de Darwin,
alguacil que me atisbas, atrocísimo microbio.
Y tú lo sabes a tal punto,
que lo ignoras, soltándote a llorar.
Tú, luego, has nacido; eso
también se ve de lejos, infeliz y cállate,
y soportas la calle que te dio la suerte
y a tu ombligo interrogas: ¿dónde? ¿cómo?
Amigo mío, estás completamente,
hasta el pelo, en el año treinta y ocho,
nicolás o santiago, tal o cual,
estés contigo o con tu aborto o con
migo
y cautivo en tu enorme libertad,
arrastrado por tu hércules autónomo...
Pero si tú calculas en tus dedos hasta dos,
es peor; no lo niegues, hermanito.
¿Que nó? ¿Que sí, pero que nó?
¡Pobre mono!... ¡Dame la pata!... No. La mano, he dicho.
¡Salud! ¡Y sufre!

[texto curatorial complementario]: Poema musicalizado.

[texto] César Moro. *La tortuga ecuestre*. Madrid: Biblioteca nueva, 2002.

EL OLOR Y LA MIRADA

El olor fino solitario de tus axilas
Un hacinamiento de coronas de paja y heno fresco cortado con dedos y
 asfódelos y piel fresca y galopes lejanos como perlas
Tu olor de cabellera bajo el agua azul con peces negros y estrellas de mar
 y estrellas de cielo bajo la nieve incalculable de tu mirada
Tu mirada de holoturia de ballena de pedernal de lluvia de diarios de
suicidas
 húmedos los ojos de tu mirada de pie de madrépora
Esponja diurna a medida que el mar escupe ballenas enfermas y cada
escalera
 rechaza a su viandante como la bestia apestada que puebla los sueños
 del viajero
Y golpes centelleantes sobre las sienes y la ola que borra las centellas para
dejar sobre el tapiz la eterna cuestión de tu mirada de objeto muerto
tu mirada podrida de flor

LA LEVE PISADA DEL DEMONIO NOCTURNO

En el gran contacto del olvido
A ciencia cierta muerto
Tratando de robarte a la realidad
Al ensordecedor rumor de lo real
Levanto una estatua de fango purísimo
De barro de mi sangre
De sombra lúcida de hambre intacto
De jadear interminable
Y te levantas como un astro desconocido
Con tu cabellera de centellas negras
Con tu cuerpo rabioso e indomable
Con tu aliento de piedra húmeda
Con tu cabeza de cristal
Con tus orejas de adormidera
Con tus labios de fanal
Con tu lengua de helecho
Con tu saliva de fluido magnético
Con tus narices de ritmo
Con tus pies de lengua de fuego
Con tus piernas de millares de lágrimas petrificadas
Con tus ojos de asalto nocturno
Con tus dientes de tigre
Con tus venas de arco de violín
Con tus dedos de orquesta

Con tus uñas para abrir las entrañas del mundo
Y vaticinar la pérdida del mundo
En las entrañas del alba
Con tus axilas de bosque tibio
Bajo la lluvia de tu sangre
Con tus labios elásticos de planta carnívora
Con tu sombra que intercepta el ruido
Demonio nocturno
Así te levantas para siempre
Pisoteando el mundo que te ignora
Y que ama sin saber tu nombre
Y que gime tras el olor de tu paso
De fuego de azufre de aire de tempestad
De catástrofe intangible y que merma cada día
Esa porción en que se esconden los designios nefastos y la sospecha que
tuerce la boca del tigre que en las mañanas escupe para hacer el día

[texto] Emilio Adolfo Westphalen. "Cuál es la risa... (Cuál es la risa)". En *Poesía completa y ensayos escogidos*. Lima: PUCP, 2004.

Cual es la risa leve cubierta de espuma
Que anuncia el amor
Cuál la túnica desvanecida que oculta
Los lentos puñales ciegos del amor
Cuál el momento en el cual aparece indudable
Benévolo golpe de sangre sobre la arboleda
Y los trozos de un cuerpo en estado de putrefacción
Aun se hacen visibles sobre la muralla de mármol

Agregar: Arturo Corcuera. *Noé delirante*.